

María Teresa León:
la identidad en exilio

José Luis Sánchez

María Teresa León llegó a Buenos Aires en 1940. Y desde ese momento, empezó a ser un poco nuestra: viviría aquí veintitrés años de su exilio.

Un sintético “banco de datos” en Argentina incluye: la publicación de buena parte de su obra; conferencias; traducciones de Eluard y Eminescu; tres guiones cinematográficos dirigidos por Luis Saslavsky y Alberto de Zavalia; intervenciones en radio Belgrano, El Mundo y Splendid conversando sobre temas cotidianos; artículos en la revista Mucho gusto, que la mostraron en sus funciones de ama de casa, intelectual, consejera y ecléctica lectora; y el nacimiento de Aitana, la única hija de su matrimonio con Rafael Alberti.

Todas estas “caras” conformaron la prueba más sólida de sus ganas de entregarse a este país y enriquecer la cultura: de a poco, todo empezaba de nuevo. En España quedaba ya para la historia su actividad comprometida con los principios de la República con la organización de las “Guerrillas del teatro” y el rescate de tesoros patrimoniales de El Prado, amenazado por las bombas franquistas.

Si declaró su amor por Buenos Aires, fue porque tenía fijado el sello esencial del ser humano: su identidad. Cómo se empeñó en cuidarla prioritariamente, con qué recursos y con qué equilibrio la unió a sus sentimientos, es el objetivo de este trabajo.

Con el bagaje intangible que “traía bien atado para no perder nada por ahí”, desembarcó el tres de marzo.

El idioma esencial

En todos sus libros se comprueba la meticulosa labor por resguardar la identidad como española, ciudadana, compañera y escritora. Memoria de la melancolía es el texto que más claramente lo demuestra.

“No tengo juicio claro sobre Buenos Aires. ¿Cómo tenerlo si no es ahogada por una ternura inmensa?”

María Teresa “llegaba decidida a todo: a abrazar las esquinas, a besar el asfalto, a encontrar hermosas las miradas, las sonrisas, los pasos, los maniqués de las tiendas, las puertas rotas, los remiendos de las fachadas”.

Y sintió que era posible volver a pertenecer a un lugar, a comunicarse de igual a igual aunque fuera un público nuevo. Buenos Aires era el ansia cumplida de “una patria pequeña como un patio o como una grieta en un muro muy sólido”.

Además de los amigos, “¡cuántos esperando en el muelle!”, tuvo, al menos, otra bienvenida que satisfacía “la urgencia de agarrarse con las dos manos a todo lo que había huido”. Aquí “nos encontramos con un idioma

vivo, con nuestro español de los mil aderezos lingüísticos. Seguramente los que llegamos a América fuimos los más felices.” Mantener el idioma era una forma de felicidad si la comparaba con la de otros tantos exiliados que debían intentar apropiarse de uno extraño.

Para esta mujer que se daba cuenta de que habían “sido expulsados de algo más que de España”; que ya no podía reconocerse en su patria: “Es como si yo no perteneciese a ese país del que leo en los periódicos (...) Siento todo fuera de mí, arrancado, como si hubiera sido un sueño puesto sobre la mesa. Estoy como separada, mirándome.”; que no daba con “la fórmula para dialogar ni para unirme” con lo que había dejado, era apremiante tender puentes nuevos. Lo hizo a través de su vasta y riquísima cultura, orientada con la premisa “lo último que debe perder un español es la gracia”.

Se iniciaba el tiempo de “dejar en el suelo todos los cansancios”, de trabajar otra vez con su pasión: la literatura.

Ser en palabras

Al repasar y ordenar su producción, descubrió una relación entre el texto y las ciudades donde vivió, cronología original que compartió con su marido: “Para nosotros los lugares tienen nombres de libros. Los hemos ido escribiendo como quien viaja y hace altos vivaqueando, para seguir viviendo”.

El libro como un hito y como un acto íntimo: “El escribir puede dejarnos tan exhaustos como una noche de amor”.

Y planteado como esta experiencia, el escribir transcurre por distintas etapas:

Me gusta cuando los franceses dicen “femme de lettres”. Eso, mujer de letras. Nunca me he sentido más letrada, nunca he sentido más reverencia por el estado de mi inquietud, por esa comezón diaria que me da el escribir. Decimos al hacerlo casi en voz alta lo que las pequeñísimas células interiores nos dictan. A veces la mano corre y canta. Pero a veces me descalzo de la alegría al releer lo que voy escribiendo y no me gusta y todo se me deshace. Cruzo lo que he escrito con rayas y me sorbo poco a poco la pena de no ser ni siquiera esa pequeña “femme de lettres...”

La alteración es invisible en sus obras, porque emana un constante placer por alcanzar las palabras justas y bellas.

Cada uno de sus libros iba apareciendo con la misma reserva con la que se trata a un desconocido: “Los saludamos con cierta timidez, con cierta angustia, hasta que comenzaba mostrarse: “Nos vamos sentando con ellos, poco a poco”. Circunstancias y espacios provocaban diferentes reacciones

en el plan de escritura: “Algunos lugares nos palpitan en las entrañas, otros nos respiran en los pulmones durante cierto tiempo”. Desde ese momento el material se organizaba: Yo he sentido vivir a la gente de mis libros junto a mi respiración. Mi pueblo o sus gentes me agarraban la mano: “Escribe”. Aún durmiendo me comían el sueño. No me dejaban hasta que no escribía el cuentecillo. Al despertarme me encontraba con lo que me habían contado y les obedecía.

Entonces es el tiempo del trabajo:

Rafael se queda sordo y no contesta a nadie cuando escribe. Yo hablo. Creo que me llevan en vilo o en una de esas barcas que empuja el viento. No sé. Escribo con ansia, sin detenerme, tropiezo pero sigo. Sigo porque es una respiración sin la cual sería capaz de morirme. No establezco diferencias entre vivir y escribir.

Es este uno de los rasgos de su estilo: en sus biografías noveladas o sus cuentos o teatro, logra que respiremos junto a ella, incitándonos a ser parte de su musicalidad y acompañantes fieles de sus propuestas. En especial en sus novelas, la atmósfera es la que se dirige hacia la emoción y la contiene, la que autentica su identidad y nos sorprende por ese modo exquisito que conjuga erudición y poesía sin restarle accesibilidad al texto. Y a pesar de aquella confirmación “estamos llenos de voces ajenas”, la suya surge irreplicable, única.

Según su testimonio, fue *Contra viento y marea* la primera novela editada en Argentina. El tema es la guerra civil española, pero el objetivo era mucho más amplio y anticipaba el concepto de globalización. Benito Pérez Galdós había contado la historia de España del siglo XIX. María Teresa hizo frente a una historia cercana: “Ahora no son episodios nacionales los que hay que escribir, porque son internacionales, porque el mundo entero participará del horror que se está avecinando”.

Esta certeza la hacía volver a su España destrozada, a continuar su compromiso político y, quizás, a aliviar un tanto la culpa de “sentir que con nuestra suerte traicionábamos a tantos compañeros hundidos en las cárceles.”

Escribir era vivir y había que hacerlo para que nada de lo que traía cayera en el olvido.

María Teresa se convirtió en Jimena, en el Cid, en Bécquer, en Cervantes, en sus lecturas, en las mermeladas de naranja que preparaba en San Pedro, en la mujer práctica que decidía los destinos de la casa, en la madre de Aitana y en el referente cariñoso y respetado por los amigos que se acercaban.

Del “cementerio bajo la luna” en que Bernanos veía convertida a España, MT León recreaba para sus lectores, otra España iluminada y enérgica, como en su recuerdo.

Jimena, la esposa del Cid, fue la primera metamorfosis de la escritora.

“En la Quinta del Mayor Loco, junto al Paraná, escribí las páginas de Doña Jimena Díaz de Vivar; regresaba a mi infancia donde el cuento del Cid aparece siempre. Con ella trazaba un paralelo entre la soledad de “la señora de todos los deberes y la de las mujeres españolas que por la guerra, continuaban viviendo sin saber de retornos. Era su forma de considerar el pasado como una parte indivisible y elemental para entender el presente, de hablar de lo lejano aferrada a su tiempo.

Jimena, rehén encarcelado, Jimena dejando pasar noches y auroras hasta que un día llegaba una carta. Venía de México, de la Argentina, de Chile... Ven, ven mujer con los niños. Venid a recomenzar la existencia. Atravesaréis el mar. Doña Jimena llegó hasta el mar de Valencia y lo miró con asombro, y Rodrigo le ofreció un reino a cambio de su valor para criar los hijos y cuidar de la hacienda. Los desterrados españoles, también a su manera, habían conquistado un reino y lo ofrecían a las mujeres que dejaron con el hijo en el anca o en el vientre, hijos que ellas hicieron crecer altos sólo con un poquito de pan y sus trabajos.

En *Jimena*, homenajeó a todas las que vio arribar a Buenos Aires; y contó, sencillamente, las pequeñas epopeyas diarias a través de la espera:

Tejí mis recuerdos de lecturas, de paisajes, de horas vividas para apoyar en Doña Jimena las mujeres que iban pasando ante mis ojos y encontraban al marido tan cambiado que les daba vergüenza sus ropas pueblerinas, se comían las lágrimas y dejaban caer sus miradas como hojas secas sobre tantas cosas desconocidas como las estaban esperando.

Por medio de la esposa de Ruy Díaz, salvaguardaba su identidad como española y exiliada; en *Cervantes el soldado que nos enseñó a hablar*, la de su actividad creadora.

Miguel de Cervantes fue transformando lo cotidiano en materia literaria, y María Teresa siguió la misma intención hasta el punto en que no podemos separar la realidad de la poesía, no sabemos quién describe a quién. El pasado continúa en la actualidad; el idioma compartido se enriquece y perdura, se carga de significados nuevos, las oraciones se levantan potentes como minúsculas poesías, que son su manera de entender la vida. Y fija imágenes en las cuales los aromas queridos, surgen nítidos, consistentes, para unir épocas tan distantes como su historia y la del escritor: “Por la tarde han estado pasando los carros con las primeras uvas de la vendimia”; el tiempo se detiene y se traslada. ¿Es un recuerdo suyo o de Cervantes?

Con igual cuidado reconstruye lugares: la calle, la plaza, el caserón materno. Y son las de Miguel niño pero también las suyas.

El asombro de Miguel niño ante el juglar, quizás haya sido igual al de

María Teresa en las reuniones de su tía, casada con Ramón Menéndez Pidal, escuchándolos conversar sobre el Cid y el romancero, o su encuentro con Galdós en el Parque del Retiro...

Cervantes hizo literatura de su vida. María Teresa también convocó a personajes, situaciones y anécdotas para lograr con el tono exacto, novelas poéticas a través de la historia. De aquel pasado heredaba tantas cosas y las ponía en vigencia para contarnos qué es eso del ser español.

País el mío de tonos brillantes y oscuras y desconcertadoras simas; país de majestad y miseria, de garbo y pobretonería, de aristocracia popular y plebeyismo aristocrático, de restellantes esperanzas y fantasmales inhibiciones. (...) de bailes que abría un coro casi litúrgico en la danza prima, una primorosa de corte en la sardana, un desahogo violento en la jota, saliéndose la gente del mar por sevillanas y la del noroeste por el alegre vivir de la muñeira; (...) de coplas, refranes, cuentos, conjuros, literatura de esa artesanía española elevada hasta el arte...

Vivir el exilio

En la vida diaria, la identidad se mantuvo a través de los objetos que iban ganando su espacio y función en la casa de la calle Las Heras, la que “empezaba a ser de verdad nuestra casa”, lugar en el que “nos afirmábamos”. Y enumeraba en qué sentían lo propio recuperado: las flores del patio, “cada hoja de las trepadoras que cubrían las paredes de las casas vecinas, los pájaros que nos devolvían la primavera en ese milagroso colibrí que colgaba de un hilo su impaciencia y su nido”. Muebles y libros eran elegidos para completar su micromundo y “otra vez sobre el tablero de dibujo había pinceles, lápices...”. Parecía que la herencia del Renacimiento, tan importante para la Generación del 27, se reconstruía en un cuarto lejano.

Era vital seguir porque no debía defraudar la “carga inquietante de gustos y gestos” que tantos le habían aportado en su vida y que consideraba más vivos que nunca pues se reconocía “el producto de lo que los otros han irradiado de sí o perdido”.

Era preciso mirar hacia adelante pero sin olvidar: “Nuestra soledad es como si el agua se hubiera retirado de nuestras costas, llevándose cuanto nos pertenecía, y ante nosotros quedase una extensión estéril de cantos rodados y conchillas rotas”; cohabitar con el destierro, atenuando un tanto la tristeza,

porque todos tenemos los ojos abiertos a los sueños (...) no sé si se dan cuenta los que quedaron allá o los que nacieron después, de quienes somos los desterrados de España. Nosotros somos ellos, lo que ellos serán cuando se restablezca la verdad de la libertad. Nosotros somos la aurora que están esperando.

Hasta aquí habían traído “la ley que hace al hombre vivir en común. Nos la llevamos sin saberlo prendida en los trajes, en los hombros, entre los dedos de las manos”.

El propósito se alcanzaría si conservaba una visión que abarcara lo individual y las conclusiones generalizadoras: “El pensamiento español, tan azotado de peregrinaciones, no ha querido limitar su destino y rebulle allí donde aún románticamente crece y espera”. La clave de esta reflexión está en el uso del término “romántico” porque alude al significado originario del movimiento del siglo XIX, cuando las naciones buscaban en sus expresiones populares, artísticas y filosóficas, cuáles eran las características que las definían y diferenciaban. En las leyendas, el folclore, las tradiciones encontraron su forma.

De igual modo, María Teresa León protegía su identidad volviendo “a sus cuentos viejos”, porque era consciente de que “siempre, siempre, tenemos algo que rescatar, aunque no sea más que los recuerdos”. España se multiplicaba entre las “personas que como sombras regresan”. Viejos o nuevos amigos y conocidos eran el medio para constatar que permanecía intacto lo que ella defendía y la historia que la sostenía: “Nos quedamos sujetos a sus ojos para descubrir en ellos lo que pasó con aquella fuente o la placita o si está en pie la tapia que no se acababa nunca. ¿Pueden las manos hundirse en las mentas, como antes?”.

La novela *Juego limpio* muestra otra parte de su identidad: sus ideales políticos inseparables de la acción cultural.

Si a algo estoy encadenada es al grupo que se llamó “Guerrillas del Teatro del Ejército del Centro”. Lo hicimos derivar de una gran compañía de teatro con sus coros, su cuerpo de baile... Fue nuestra guerra pequeña.

La guerra nos había obligado a cerrar los teatros y también convertido a los actores en soldados.

¿Por qué no ir hasta la línea de fuego con nuestro teatro? Así lo hicimos. Todos éramos soldados. Cantábamos para sacudirnos el miedo. Caían bombas sobre Madrid y nuestro refugio era cantar. Cuánto amor a los otros hombres da el destino común de la muerte.

Las “Guerrillas” representaron a Agustín de Rojas con su *Viaje entretenido*, a Lorca y *Perlimplín*, una adaptación de *Numancia* de Cervantes y la primera obra de autor soviético estrenado en España: “La tragedia optimista”, de Vishnievski.

La historia tiene la palabra relata otra de sus apasionadas proezas: el rescate de cuadros del Museo del Prado, de El Escorial y de Illescas en Toledo. Salieron custodiados en una ruta que tocaba Valencia y Cataluña para alcanzar la frontera francesa, *Las Meninas*, *El entierro del Conde de Orgaz*, *Retrato de Carlos V* de Tiziano...

El teatro, la pintura y lo que debió ser abandonado sin tiempo a despedidas adquieren otra dimensión desde la lejana Buenos Aires: es el pasado que construyeron y al que no pueden renunciar:

Nosotros somos aquellos que miraron sus pensamientos uno por uno durante treinta años. Durante treinta años suspiramos por nuestro paraíso perdido, un paraíso nuestro, único, especial. Un paraíso donde quedó la muchacha, el muchacho, la sonrisa, la canción, la flor, el amor, la juventud, los ojos, los labios tensos para besar, la mano amiga en la mano, los dedos entre el pelo, la gracia, la palabra, la camaradería, la promesa, el gesto, el aliento, todo, todo, todo...

El peso de la nostalgia, de lo perdido, no se convirtió en una queja eterna. Desde la destrucción, MT y Rafael construyen: “Nuestra hija americana, tan nueva, tan pequeña, nos ayudó a salir otra vez a la superficie.” El nombre elegido, ese nombre dulcísimo que tiene la sierra “que vimos al embarcar en Alicante, con los montes cubiertos de almendros”, les hacía nombrar diariamente a España: Aitana.

Y el valor que le otorgaban a la amistad fue el otro puntal: Nuestra patria iba a ser desde ese momento de la llegada a Buenos Aires, nuestros amigos. ¡Ay, abrazos de Raúl González Tuñón, de Marta Brunet, de María Carmen Portela, de Arturo Mom, de Rodolfo Aráoz Alfaro, amistad de Oliverio, de Norah...

A la publicación de los primeros libros, se sumaron los argumentos de películas: *La dama duende* y *El gran amor de Bécquer* con Delia Garcés encabezando un elenco de notables actores y actrices españoles que también vivieron su exilio en Buenos Aires; y la tercera, esta vez la adaptación de un texto francés, *Los ojos más lindos del mundo*, con Amelia Bence.

Comenzó su actividad en radio: *Charlas de MT León* y las colaboraciones con la revista *Mucho gusto*, luego recopiladas en *Nuestro hogar de cada día*. Y a pesar de la censura en los últimos años del segundo gobierno peronista, pudo seguir trabajando:

Siempre haciendo algo. ¿Por qué estaremos haciendo siempre algo las mujeres? En las manos no se nos ven los años sino los trabajos. ¡Ah, esas manos en movimiento siempre, existiendo solas más allá del cuerpo, obediendo al alma!

MT ya era conocida en varios ámbitos, pero nunca dejó de ser identificada como “la mujer de Alberti”. Quizás ella misma ayudara a crear esta respuesta: “Ahora yo soy la cola del cometa. Él va delante”. Elección fundada en que muchas mujeres de la cultura española optaron por permanecer en ese lugar secundario, por propia convicción, pero conscientes de su importancia. Lo explica cuando habla de Zenobia Camprubí, la esposa de JR Jiménez, pero bien se le puede aplicar a ella misma:

¿Qué era lo que Zenobia solucionaba tan imperiosamente? Pues la vida. La vida de los poetas no se soluciona como la de los pájaros. Los poetas comen, duermen, se agitan y desean como cualquier hombre. Bueno, no, peor, son más difíciles que cualquier hombre. Zenobia sabía muy bien esto. Si Juan Ramón era el hilo tejedor de la más alta poesía española, Zenobia era para Juan Ramón la urdimbre. Dentro de mi juventud se han quedado algunos nombres de mujer: María de Maetzu, María Goyri, Blanca de los Ríos, Concha Espina...

Ocupar tal lugar era la consecuencia de tener siempre presente su condición de persona reflexiva: “A cuestras llevo defectos y virtudes, como cualquiera”. Identificada con su ser española se plantea: “Estamos fabricados a fuerza de fracasos históricos que no sé si hicieron del español un ser heroico o testarudo”.

MT tiene tanto de heroína como de leal a sus amores y principios. Leal a quienes le permitieron vivir y trabajar, enamorada de Buenos Aires, su identidad una vez instalados en Roma, reclama una parte que le falta:

Aún no me he sacado de la piel aquella lluvia que parecía iba a destruirlo todo y únicamente nos lavaba los ojos, los tejados, y hacía florecer, ¡tan preciosos!, los jacarandás y los palos borrachos. Aún el tejido de aquellos años –¡tantos!– me envuelve. Y me equivoco y digo: tengo que ir a Buenos Aires o a Castelar en vez de decir Roma o Anticoli. Estoy siempre yendo hacia aquellos pasos dados allá mientras me voy envejeciendo, emblanqueciendo.

Sí, quiero a BA. Esta es una declaración de amor, no sé si correspondido pero por mi parte sí que lo es. BA es una ciudad sin finales.

Conclusiones

La influencia de los republicanos y otros exiliados españoles en el desarrollo de la cultura argentina, especialmente en las artes, aún no ha sido tratada con la profundidad que merece.

En el caso de MT León comunicarse sin cambiar el idioma fue un hecho concreto para confirmar su identidad: los personajes de sus libros, sus guiones, cada uno de sus escritos fue un homenaje continuo a su país. Sin embargo, también la construcción de otra patria mostró un lado novedoso para definir la identidad: integrarse sin perderla.

Oliverio Gironde decía: “Basta que alguien me nombre para dejar de ser un recuerdo”.

A casi setenta años de su vida en Buenos Aires, MT León vuelve a instalarse en esta ciudad sin finales.